

LA AVENTURA DE

NATALI
RODRÍGUEZ



tequisté

LA
AVENTURA
DE
VIVIR

La aventura de vivir

© de los textos: Natali Rodríguez, 2024

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2024

Corrección: M. Fernanda Karageorgiu

Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

1ª edición: marzo de 2024

ISBN: 978-987-8958-62-0

Editorial Tequisté:

hola@tequiste.com

www.tequiste.com

📧 @tequiste

📧 @tequiste

📧 @tequisteeditorial

📞 AR +54 9 11 6154 5552

ES +34 657 20 65 99

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, auditiva, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Rodríguez, Natali

La aventura de vivir / Natali Rodríguez. - 1a ed -
Pilar : Tequisté. TXT, 2024.

110 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-8958-62-0

1. Autobiografías. 2. Autoayuda. 3. Superación
Personal. I. Título.

CDD 158.1

ÍNDICE

GRACIAS	7
PRÓLOGO	11
La infancia	19
Mi querida Colombia	20
El oficio de mis padres, el quehacer	29
El barrio, las raíces	31
El colegio	35
Mis maestros	38
La adolescencia	44
Más cambios	61
Uno de los capítulos más importantes en mi vida	66
Lo que vino después	82
En busca de la felicidad	93
Attraversiamo	104
SOBRE LA AUTORA	105

GRACIAS

A mi queridísima amiga, Blanca Gordo, por ser inspiración y motivación; y aquí aprovecho para confesar que estas palabras las escribo tan pronto como he soltado el libro de ella *La muerte me salvó la vida* (recomendadísimo, por supuesto). Gracias siempre, amiga.

Gracias a mi padre por confiar en mí y dar su vida para que yo pudiera cumplir mis sueños. Por mí y por él vivo esta aventura.

Gracias a mi madre por mostrarme una perseverancia jamás vista en ningún otro ser humano. Te debo mi resiliencia, gracias.

Gracias a mi hermano por su complicidad y amistad. Gracias por tu apoyo siempre.

Gracias a mi hermana porque desde su nacimiento sentí la responsabilidad en mí de ser ejemplo para ella y, hasta hoy, creo que la mejor forma de ser ejemplo para ella es respetándome a mí misma, persiguiendo mis sueños. Le has dado sentido a mi vida, gracias.

Gracias a toda mi familia (tíos, primos, en primero, segundo o tercer grado, da igual); a toda mi familia, presente o

no, especialmente a mi familia paterna, quienes son motivo de orgullo para mí por la nobleza de sus corazones y por su perseverancia.

Gracias a todos mis amigos, presentes o no en mi vida actualmente; he mudado tanto mi piel y en cada cambio, en cada etapa, han sabido estar para mí. A todos ellos, gracias, por sus palabras de ánimo, por su admiración, por su apoyo, por las risas y bailes; pero, sobre todo, por ver en mí cualidades que a veces ni yo misma veía; en definitiva, por creer en mí.

Gracias a mi grupo “celebrar la vida” en España, sé que siempre que quiera y/o necesite volver a la sensación de hogar bastara con verlos, a todos o a uno de ellos.

Gracias a Diana Cajamarca. Esta aventura que es la vida misma no habría sido tan emocionante sin ti a mi lado.

Gracias Flakita (Diana Alarcón), el amor que me das cada día me hace sentir más fuerte y capaz.

Gracias a todos mis compañeros de vida (parejas), mis mayores maestros, con quienes he podido ir descubriendo partes de mí, algunas de ellas oscuras, las cuales he ido recreando, convirtiéndome en este tapiz de colores que soy y que puedo seguir tejiendo día a día. Gracias, porque sin duda alguna puedo decir que han aportado para que la semilla del amor crezca dentro de mí y eso me ha ayudado a convertirme en un mejor ser humano y en una mejor mujer. Hoy sé que esa semilla del amor crece, no solo gracias

a la interacción en pareja, sino también crece y se mantiene gracias a los amigos, la familia e incluso ante cada maravilla diaria que nos ofrece la vida, basta con abrirse a ella, ya sea viendo a un ternero, una flor, un atardecer, la sonrisa de un niño, una mariposa...

Puedo decir que este aprendizaje al que me refiero me costó un par de años envueltos en viajes, lágrimas, risas, libros, terapias y bailes.

Gracias a mí, en todas las versiones que he sido y soy; me siento orgullosa y feliz con quien soy y la manera en que vivo.

PRÓLOGO

Este libro se presenta como una autobiografía, inicialmente como una liberación (catarsis), desnudando lo que ha sido mi historia hasta el 2022. La escribí al inicio de mi viaje por India con el propósito de soltarla y quizás al contarla espero, no solo desahogarme y dejar mi voz, sino quizás inspirar a otros. En esta historia podrás darte cuenta de que:

- la vida no es aquello que nos ocurre, sino como interpretamos aquellos que nos pasa;
- no hay fórmulas de vida y cada ser es tan único que merece un respeto y reconocimiento a su individualidad;
- hemos crecido con condicionamientos familiares, sociales, culturales que se han convertido en celdas, coartando ese deseo tan anhelado por todos de libertad.

Deseo que al leer este libro encuentres respuestas o preguntas que te acompañen en el camino hacia tu verdadero ser, despojándote de aquello que no te ayuda a vivir en tu autenticidad; quise que mi primer libro fuera acerca de mí, poder contar mi historia, poder desnudarme (pese a lo vergonzoso y temeroso que eso pueda ser).

¿Quién tiene la formula perfecta de cómo se debe vivir? Se supone que a cada cierta edad debes alcanzar unas metas en concreto: universidad, pareja, trabajo, casa, matrimo-

nio, hijos... Si te fijas, se supone que vives bien en tanto logras lo que acabo de mencionar, porque al hacer estas cosas se supone que tienes progreso y éxito en tu vida, y entonces eres feliz.

Si eso es así, entonces, ¿por qué cada día somos más los que nos aventuramos a vivir o al menos a buscar maneras de vivir diferentes? Quizás esas formas de vida que nos han inculcado están obsoletas, o quizás los que nos atrevemos a buscar otras formas de vida somos unos locos inconformistas que no sabemos ni lo queremos en la vida. Si esto último es cierto, entonces ¿por qué (al menos en mi caso) varias personas me han dicho cosas como «¡qué valiente eres!», «¡yo quisiera hacer eso, pero no puedo!», «¡cuánto me gustaría!», etc.

Bueno, cada uno que conteste a esto según considere, ya que yo tampoco creo tener la respuesta a estas interrogantes y este libro solo pretende que te cuestiones; para nada es un manual de cómo se debe vivir...

Somos seres humanos cambiantes.

No cabe duda de que los seres humanos somos cambiantes y, como tales, en cada etapa de nuestra vida tenemos necesidades diferentes, así que incluso tu respuesta pudo haber sido una ahora y será otra dentro en un par de años (si eres capaz de ser honesto contigo mismo).

Y si como seres humanos somos cambiantes (aquí vienen más preguntas para que te auto cuestiones), ¿cómo es que la sociedad, familia y cultura parece que quiere

enmarcarnos en una aparente estabilidad (no cambio) la cual es aceptada y normalizada y todo aquello que este por fuera de ese restrictivo limite; es malo, raro o loco...?

Escribo estas letras desde India, así es, una mujer colombiana viviendo en India. Qué locura, ¿verdad? Yo también lo creo. ¿Qué me motivó a llegar a aquí?, ¿qué me trajo hasta este lugar? Descúbrelo a continuación...

Esta es mi historia, o al menos parte de ella como dice una gran amiga, o, mejor dicho, lo que he podido reescribir de ella (reinterpretar). Deseo que la disfrutes y, si esto llega a ocurrirte, anhelo que la compartas; y, mejor aún, si tu mente y corazón están abiertos y dispuestos, entonces quizás puedas sentirte motivado o inspirado a realizar aquellos cambios que desees y sientas que son necesarios para tu vida. Repito: esta es mi historia, es decir, que en este relato puedo describir interpretaciones de la realidad que viví en esos momentos, entonces puede que para muchos de los involucrados no corresponda con lo ocurrido; pido disculpas si con esto alguien pueda sentirse incómodo, no es mi intención. También debemos reconocer que cada uno interpreta su historia y es responsable de reinterpretarla tantas veces como sea posible, tantas veces como sea necesario, para que cada vez sea más amable con nosotros mismos.

La interpretación de lo que vivimos en cada momento marca en gran medida nuestra vida, sin embargo, la constante reinterpretación de nuestras vivencias en busca de nuestro bienestar es nuestra decisión y responsabilidad.

¿Qué me llevó a la India?

Empezaré esta historia por el final, o el comienzo según se vea. Me refiero al final porque es el momento en el cual estoy, desde India te compartiré lo que ha sido mi vida y como he llegado a integrar en mí que la vida es una aventura constante. Entonces, ¿qué me llevó a realizar este viaje aparentemente tan sin sentido?, ya que mucha gente antes de venir me decía frases como “¿a la India?, ¿qué vas a hacer allá?, ¿es otro país igual o peor que este con mucha pobreza?”. Como si los viajes estuvieran enmarcados necesariamente en ocio, diversión y lujo; como si no fuera normal realizar viajes con el único propósito de conocer, aprender, ayudar o hasta lo tan mencionado ahora “conocer a ti mismo”. Bueno, ese es otro de los estereotipos, celdas o casillas en las cuales hemos crecido.

Quiero compartir contigo estas palabras que escribí frente a lo que experimentaba estando en India (en Mumbai, apenas una semana), viendo llover todos los días por mi ventana...

No hago esto para escapar de nada ni de nadie y sin darme cuenta me estoy alejando de lo conocido y lo preestablecido.

No hago esto para ir en contra de fórmulas alrededor del éxito y el progreso; sin embargo, estoy observando otras formas de vida y, quizás así, encuentre una forma de vida más auténtica para mí.

No hago esto porque sea mi sueño, pero por alguna razón creo que estando aquí conectaré con aquello que quiero hacer en el día a día de mi vida.

No hago esto para superar un divorcio, pero encontrándome aquí puedo darme cuenta de la inmensa posibilidad

que tengo de recrearme, esa es la posibilidad que se nos abre es cuando las estructuras se caen

No hago esto por encontrarme a mí misma y aun así estoy recordando y recreando quien soy.

No hago esto para sentirme valiente y capaz, aun así, la gente ve en mí estas cualidades y yo evidentemente me siento más fuerte y poderosa.

No hago esto para alcanzar una espiritualidad y, a pesar de ello, noto como me libero y experimento la vida de una forma más vibrante e intensa.

*¿Para qué hago esto entonces?
Para vivir y, viviendo, ir descubriendo
como quiero continuar mi vida.*

Así que, ¿me he venido hasta este lugar para descubrir quién soy y conectar conmigo misma? No lo sé, eso lo descubriré en los próximos meses, por ahora lo único que me ha traído hasta acá es conocer otro lugar y otra forma de vida, algo dentro de mí me dice que me esperan meses emocionantes y llenos de aventuras como la vida misma, pero eso serán historias para otro libro.

¿Sabías que en latín la palabra aventura significa “las cosas que han de llegar”? ¿Y si la vida es eso?, una aventura, algo que está por llegar. Te invito a que pienses por un momento: si es algo que ha de llegar, ¿cuál crees que deba ser nuestra actitud o postura? En mi mente solo veo alguien con brazos y corazón abiertos, con manos extendidas, rostro de esperanza y calma; creo que entonces solo

podemos tener una actitud mental y física de apertura y disposición para experimentar la vida (al menos si quieres experimentarla por completo).

Si te sientes en verdadera gratitud con la vida, entonces honra el milagro de estar vivo y ábrete a ella con total apertura. A eso lo llamo dejar que la vida nos atraviese.

Empecemos...

Hay tanto por contar... y tanto que deseo compartir, teniendo como único propósito dejar mi voz en este mundo y ojalá un aprendizaje o inspiración en sus mentes y corazones...

LA AVENTURA DE VIVIR

NATALI RODRÍGUEZ



LA INFANCIA

Podríamos empezar por mi infancia, aquella época que recuerdo como un mundo de colores, con tantas alegrías, aventuras, risas y algún que otro miedo. Mi vida... (suspiro) ahora que lo pienso, ha estado marcada desde antes de mi nacimiento por el esfuerzo, el empuje y la resiliencia, y me atrevería a decir que el cien por cien de las historias colombianas nacen así; nacen del dolor sabiéndose abrir paso, encontrando un lugar y desde allí brotando como la semilla que somos. Y, como todo en la vida no tiene una sola cara, son historias nacidas del dolor y del amor también, de la guerra y la paz, del sufrimiento y también de la celebración de cada logro, porque nadie saborea tanto un logro como aquel al que le ha costado sudor y lágrimas. Quizás por eso se dice que en Colombia somos tan felices y que hacemos una fiesta de todo, porque todo o cada pequeña cosa merece una fiesta.

Celebrar para no sufrir.

MI QUERIDA COLOMBIA

Vengo de padres campesinos: mi padre proveniente de Tolima y mi madre de Santander o Boyacá. Ella nunca se decanta por una opción, así que se denomina así misma a veces como boyacense y a veces como santandereana, ya que proviene de un lugar, exactamente una vereda, ubicado entre ambos departamentos.

Empezaré por mi madre. Imaginemos a una joven con quince años recién llegada a Bogotá, acabando de dejar a su familia por enésima vez, ya que en su infancia tardía o más adolescencia había estado de aquí para allá, intentando adaptarse a la ciudad para poder estar con su madre y regresando al campo donde era libre y feliz estando con su abuela; aquella mujer que la amó y cuidó como si fuera su hija, aquella que la defendió y siempre le dio una sonrisa. Creo que fue una de las personas que apoyó y amó a mi madre de una manera incondicional. Mi madre tuvo que crecer sin su madre, quien para entonces ya hacía algunos años se había marchado a la capital (Bogotá) para trabajar y sacar adelante a sus hijas, bajo el argumento que ya más de uno hemos oído: “buscar un mejor futuro”, aquel argumento que ha llevado a separar familias y a viajar a otros continentes. Bajo este mismo argumento mi madre, a sus quince años, se encontraba en Bogotá con la esperanza de

encontrar un trabajo y tener algo más de bienestar (lo que la mayoría entendemos por bienestar, o lo que nos han inculcado). Creció sin su padre, como la mayoría de las historias colombianas en las que las personas han crecido sin padres, o bien por que la guerra se los ha arrebatado, o por que los miedos, infidelidades y hasta abusos sexuales han hecho que estos padres sean ausentes.

Deseo aclarar que esto que comparto no son más que realidades colombianas, sin el ánimo de despertar ni lastima ni dolor; si algo pretendo que despierte es admiración, orgullo y quizás hasta logre mover de la silla a más de uno para que pueda reconocer que en el mundo hay más posibilidades que las que le rodean. Quizás ese despertar incluso te lleve a vivir realmente la vida, y de una vez por todas, de la manera en que desees y no de la manera en que te han hecho creer.

Pues bien, mi madre, una joven de quince años recién llegada a la ciudad viendo todo un mundo a sus ojos, se deslumbró con el amor y las promesas de un hombre con ojos verdes diez años mayor que ella.

Mi padre —imaginemos un hombre de veinticinco años que para entonces ya llevaba un par de años en la capital— vivía con su madre y veía por ella, es decir, trabajaba y cuidaba de mi abuela. Siempre lo hizo, ya que mi abuelo —a quien nunca conocí— murió en su propia casa a causa de varios disparos cuando mi padre tenía tan solo 3 años. Mi abuelo, según describe mi familia, fue un hombre alegre y bebedor; sus fiestas duraban como mínimo tres días (y aquí es donde entiendo el poder de la genética). Este hombre murió dejando a una mujer con cinco hijos y uno de ellos aún estaba en su vientre. Ya te puedes ima-

ginar la historia de mi abuela: una mujer valiente, ¿no? Lo siguiente, luchadora y emprendedora como ella (y seguro como la tuya también) y aquí es donde pienso lo difícil que lo han tenido nuestros abuelos y qué decir de nuestros bisabuelos. Reconocer sus esfuerzos, créeme, no solo es bueno sino que es sanador.

Mi abuela tenía tantos oficios que no sé cómo hacía, ya que en esos tiempos no había celular y, aunque había carros, las distancias eran muy lejanas. Pues bien, fue parte-
ra, fabricante y vendedora de licor (aguardiente), el cual era tan bueno que hasta los lugares donde lo vendían de manera legal se lo comparaban a ella (y no, no dejó la receta). También fue agricultora y, por supuesto, madre a tiempo completo de cinco hijos, y esos los que tuvo, porque perdió a más de cinco en el camino, entre ellos a una niña de 4 años quizás, la cual murió al parecer a causa de la pólvora que quedó en su cuerpo después de un intento de asesinato a mi abuelo un par de años antes de que él muriera.

Cuanta violencia, ¿verdad? Para muchos podrá ser perturbador, pero aseguro que para más de un colombiano es algo hasta normal, sí, normal, así es la supervivencia, llega un punto en que se normaliza lo horripilante para no caer en desesperanza. Y así vivimos muchos colombianos, normalizando un montón de cosas que no deberíamos normalizar, pero que nuestro cerebro en ánimos de sobrevivir normaliza.

*La resiliencia es capaz de relativizar y hasta olvidar
los actos más dolorosos y violentos para evitar
sumergirnos en el dolor y esta acaba convirtiéndose*

*en un estilo de vida, en una forma de supervivencia
para evitar perder la esperanza e ilusión por la vida.*

Como dice la canción, así fue que empezaron papá y mamá. Imaginemos por un momento estos jóvenes llenos de tanto dolor por su pasado como ganas por vivir y quizá construir una historia diferente a la vivida hasta ese momento, llenos de tantos miedos como esperanza hacia el futuro; jugando a ser adultos, motivados por el amor y las ganas de tener algo que no habían tenido, ¿qué era? “un hogar”. Se unieron y fueron caminando juntos un camino que duró veinte años aproximadamente, hasta que la muerte los separó. Veinte años en los que ambos harían lo inhumanamente posible por mantenerse juntos. Y digo inhumanamente, porque hicieron lo que ahora puedo ver y en mi opinión no es sano, pasaron incluso por encima de ellos mismos, de sus deseos, de sus sueños y de su dolor; todo ello lo dejaron a un lado por mantener “un hogar”. Con este propósito se mantuvieron juntos pese a que en un montón de ocasiones no quisieran o no desearan, pero era tan doloroso ver hacia atrás y recordarse a ellos mismos sin sus padres que por ello eligieron, pese a todas las dificultades, sacar adelante su familia y jamás abandonarnos.

Aunque no escogería sus caminos, evidentemente les agradezco y les honro infinitamente. Puedo mirar hacia atrás y tratar de imaginar el dolor, la frustración, la rabia... al luchar contra sus propios deseos de querer salir corriendo en muchas ocasiones y una y otra vez eligieron quedarse para mantener su tan anhelado hogar, y gracias a ello estoy aquí.

¿Dificultades? Muchas. Para empezar el alcoholismo, las infidelidades, las discusiones, el estrés del trabajo, problemas económicos, resentimientos y dolor de cada uno respecto a su pasado, etc. Pero, en medio de estas dificultades, ellos se encontraban, se apoyaban y apoyaban a sus familias. Y no sé cómo hacían, porque ninguno de los dos tenía referentes o modelos de lo que era un hogar (entendiendo esta palabra dentro de lo que nos han inculcado a la mayoría qué es un hogar), pero aun así lo hicieron. Puedo recordar sus caras de esfuerzo cada día, buscando darnos lo mejor y, como la mayoría de los padres dicen, “buscando que no nos faltara nada”.

¿Cómo surgió nuestra familia? Primero vino mi hermano, el primogénito; tres años después nací yo, en una oficina de la clínica San Pedro Claver (hoy en día hospital Mederi), tenía tantas ganas de nacer y de vivir (esas ganas de vivir siguen estando y más que nunca) que no di tiempo a los médicos ni a mi madre para llegar a sala de partos; y diez años después vino mi hermana.

Mi familia fue la típica familia colombiana, e incluso me atrevería a decir que fue una familia típica, ya que ahora he podido conocer varios estilos de familia en diferentes países y la gran mayoría se comporta igual, sin importar el clima, el país o la cultura. Una familia típica o tradicional vendría a ser aquella que está enmarcada por unas dinámicas que los psicólogos llaman “disfuncionales” y, aunque sea psicóloga, no he vuelto a llamar así a una familia, pues este concepto de “familia disfuncional” acarreó un montón de problemas, heridas e inseguridades en mí, creyendo que las demás familias eran mejores que la mía y que en la mía había un error. Me hizo creer

que tenía vacíos, llevándome a permanecer en estados de comparación, tristeza y escasez, hasta que reconocí a mi familia, es decir, la vi desde otro punto de vista, me permití de verdad conocer y entender la vida de cada uno. “No puedes entender el sistema sin entender las partes”. Perdoné a mis padres y les pedí perdón. De hecho, reconocí que no debía perdonarles nada y que tampoco les debía nada, entre muchos otros aprendizajes y ejercicios de liberación que decidí hacer cuando dejé de juzgarlos y empecé a hacerme cargo de mí y de lo que arrastraba. Todo eso me llevó, no solo a aceptar a mi familia, sino a amarla tal cual es. Comprendí que mi familia no fue ni es disfuncional, es una familia como la gran mayoría, especialmente en Colombia, lo que vendría siendo una cadena de adultos con niños heridos por dentro, intentando hacerse cargo de otro niño, teniendo que trabajar días enteros, intentando lidiar con sus dolores del pasado, queriendo no repetir historias previas y tratando de hacerse cargo de sus emociones pero sin poderlas gestionar y, de esa manera, estando ausentes emocionalmente y a veces físicamente de sus hijos.

Después de muchas cosas, pude reconocer que todo ello hace parte de quien soy, pero no me define. He podido elegir desde dónde me relaciono con mi familia y con qué partes de ellos interacciono; y ellos igual, han aprendido a conocerme, aceptarme y respetarme y —pese a que actúe o no según sus deseos, normas y paradigmas— el amor es incondicional y están ahí para mí y yo para ellos, y eso, eso sí es una familia.

Una familia en mi opinión es (y permíteme hablar de este tema ya que al igual que la educación es una de mis

pasiones y por tanto uno de los aspectos en los cuales trabajo como psicóloga) un grupo de personas que comparten consanguinidad y también es el lugar en el que un ser humano aprende los primeros conceptos acerca de lo que es el amor. Estas mismas personas actúan como referente y ejemplo a seguir para el niño, al menos hasta la adolescencia, donde todo cambia y afortunadamente cambia y se genera un rechazo frente a ciertos aspectos (lo que llamamos rebeldía); sin eso no habría cambios ni evolución en algunos casos. Dicho grupo social establece de forma directa —o indirecta en la mayoría de los casos (mejor si se hace de forma directa y consensuada)— normas, límites y rutinas, generando dinámicas en medio de su convivencia, ya sea que vivan o no constantemente. Por este motivo es tan importante la forma en que se relacionan y comunican en una familia, ya que esto enmarca algunos de los aspectos que definirán al futuro adulto, es decir, esta organización que es la familia podríamos definirla como la fábrica de los adultos, ese lugar donde se pone la mayor cantidad de ingredientes para esa receta única y especial que somos cada uno. Entonces te pregunto, ¿será que las familias tienen un rol importante con lo que respecta al mundo que deseamos tener? Por supuesto.

Retomemos. Mi familia fue una familia en la que, a pesar de lo que se dijese o hiciese, había un amor incondicional; amor incondicional percibido en comportamientos como cocinar, atender o hacer como si nada después de una discusión. Eso fue lo que conocimos como amor y cosas como estas nos permitieron crecer entendiendo el amor como preocuparnos por el otro y cuidarle. A su vez, aprendimos que no es necesario hablar para solucionar

los inconvenientes o que entre más nos preocupemos y angustiemos por cómo está el otro significa más amor. O, por ejemplo, que dar un detalle o invitar a alguien a comer es una muestra de amor, en cambio, no nos sentimos cómodos teniendo demasiadas muestras de afecto o compartiendo demasiado tiempo juntos...

Con todo esto me refiero a los lenguajes del amor; lo que yo entiendo por amor quizás es diferente a lo que tu entiendes por amor, porque cada uno venimos de una fábrica diferente. Ahora bien, ¿esto es modificable? Por supuesto, pero primero debo hacerme consciente de qué entiendo por amor y cómo lo demuestro a los demás, para luego identificar qué comportamiento me da la otra persona que él/ella entiende como amor (según su fábrica, es decir, su familia) y entonces elegir si deseo seguir recibiendo eso o no, o si podemos dialogar y negociar para crear un punto medio.

La siguiente pregunta es: ¿todos estos comportamientos están mal?, ¿deberíamos ser más cariñosos, hablar cuando nos sentimos incómodos después de una discusión? ¿Está mal que nos preocupemos por otro causándonos incluso a nosotros mismos estrés? Me escucharás decir esto una y otra vez: “no hay nada que esté bien o mal, solo comportamientos que generan consecuencias”. Aquello está “mal” o “bien” es una categorización que ponemos según las estructuras mentales con las que hemos crecido, así que no hay un manual acerca de cómo debo demostrar amor o cómo tener una familia perfecta. Las únicas cuestiones que preguntarnos son: ¿qué tipo de persona soy?, ¿qué tipo de persona quiero ser? Siendo conscientes de esto, podemos hacer los ajustes que deseamos,

así que lo primero siempre será cuestionarnos, prestar atención y ser conscientes de estos aspectos.

Conforma la familia que desees a partir del entendimiento de quién eres y quién quieres ser; tu pasado solo debe actuar como un apoyo en aquello que elijas, no como un condicionamiento o algo que te predetermina.

EL OFICIO DE MIS PADRES, EL QUEHACER

Retomemos de nuevo. Así que mi familia fue de aquellas, una familia tradicional —como he dicho antes— con sus particularidades (particularidades que antes juzgaba y ahora las amo). Entonces, ¿a qué se dedicaban mis padres si no tuvieron estudio y eran campesinos que estaban en la ciudad? Recordemos que mi abuela paterna era bastante emprendedora, pues mis padres se dedicaron a ser comerciantes, pero esta idea no surgió desde ellos —en mi forma de ver las cosas— fue la vida misma la que los llevó en este camino. Mi padre estaba ya decidido a trabajar en una empresa, algo seguro siempre es mejor. Además, había intentado con una camioneta ser conductor y no había salido muy bien. Mi madre, cuando había podido (debido a los embarazos), había trabajado en restaurantes y hoteles, así que un día, de la forma más mágica y milagrosa (en mi opinión), un vecino les ofreció venderles su negocio: una panadería. Mis padres, que para entonces no tenía dinero, se negaron. Pues bien, este hombre insistió, era tanto su deseo de que ellos manejaran esta panadería que aceptó recibir como parte de pago la camioneta que mi padre tenía (que estaba bastante golpeada) más

algo de dinero y otra gran parte del dinero que este hombre accedió que le fueran pagando. Y te puedes imaginar a mis padres de un día para otro, sin estar entre sus planes, de repente atendiendo en una panadería, sin haber tenido jamás un negocio.

Esos eran mis padres, aventureros y arriesgados (dos de las actitudes con las que más me siento cómoda). Posiblemente desde allí entendí e integré en mí que arriesgarse sí vale la pena ya que, tres años después, ellos habían logrado comprar un lote (espacio físico) y construir allí una casa de dos plantas; en la primera de ellas habían podido crear un local el cual se convirtió en supermercado y en el segundo piso nuestra vivienda.

*Este es un pedacito de algún cuento,
que algún día escribiré:*

*Al principio estaba el miedo, después apareció el coraje
y, cuando la vida los vio juntos, se maravilló tanto que
no pudo resistirse, así que dio paso a la abundancia.*

EL BARRIO, LAS RAÍCES

Y así crecimos, entre bultos de arroz y cajas. Esto en la mente de un niño es pura diversión: poder construir casas, jugar a saltar y a deslizarse por montañas de cartón, y lo mejor: muchos, muchos dulces... pero ¿en dónde vivíamos? Me permito hablar de esto porque fue algo muy importante para mí. Crecimos en un lugar catalogado como uno de los más peligrosos de Bogotá: “Jerusalén”, localidad de Ciudad Bolívar. Este sector para otros tan inseguro, para mí era de los más seguros, recuerdo sus calles y como corría por ellas jugando con mis vecinos a juegos como la lleva, yermis, cogidas, ponchados... Disfrutaba muchísimo de estar en la calle y jugar con otros niños. Evidentemente, a medida que crecía, veía ciertas dificultades económicas y sociales a mi alrededor las cuales creo que fueron causando impacto en mí para hacerme elegir estudiar psicología.

También disfrutaba de ir a la casa de mi amiga quien vivía al lado mío. Ella tenía todas las Barbies y yo solo tenía muñecas (de nuevo la comparación). Creo que a mi mamá no le gustaba comprarme Barbies, no lo sé, en ese momento lo vivía con algo de tristeza, me comparaba con ella: “mira como ella sí tiene Barbies y yo no”. Me parece que eso nos pasa cuando somos niños. La comparación es

algo de hecho innato en nosotros, incluso hay teorías que demuestran que esto funciona, o bien como una motivación en nosotros para alcanzar ciertos objetivos, o como destructor de nuestra autoestima cuando no contamos con un acompañamiento. Por este motivo es tan importante el acompañamiento familiar para apoyar y animar, favoreciendo el desarrollo de una sana autoestima y creencias de sí mismo.

Otro aspecto que además disfrutaba mucho y que fue de gran importancia para mí fue ir a la iglesia, desde que tenía seis años empezamos a ir con mi hermano, motivados por las buenas onces que nos daban. Años después fue mi madre y, después de algún tiempo (en el cual doblamos rodilla, esto significa mucha oración), logró ir también mi padre. Para mi madre era solo volver a lo conocido, pues ella desde que vivía en el campo conocía de la iglesia cristiana. La iglesia fue una hermosa etapa y, como si se tratara de una burbuja, la iglesia y todo lo que la rodeaba me protegió, me cuidó y me enseñó varios de los valores más hermosos que guardo en mi corazón y me hacen en parte ser quien soy. De igual forma, con mucho amor y también honestidad debo decir que incluso sembró en mí mucho auto juicio y culpa por todo lo que no fuera aceptado por la religión, llevándome a sentir miedos, a juzgarme, juzgar a otros, segregar, culparme, sentirme mal y de cierta forma vivir cerrada a muchas posibilidades de la vida. Hoy en día creo que lo mejor es poder elegir qué hacer y cómo vivir, por elección, no porque sea algo que está bien o mal. De nuevo repito: no hay algo “bueno y malo”, solo hay acciones con consecuencias que te gustarán más o no, así que, si se puede vivir eligiendo

¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para continuar leyendo este libro puedes adquirirlo en las principales plataformas online del mundo, tanto en papel como en eBook.

También puedes consultarnos directamente y te asesoraremos con gusto.

WhatsApp: +54 9 11 6154-5552

e-mail: ventas@tequiste.com

www.tequistelibros.com

